

AVENTURAS Y DESVENTURAS DE JOSÉ JOAQUÍN FERNÁNDEZ DE LIZARDI

Carmen GALINDO

Desde que uno escucha hablar, por primera vez, de *El Periquillo Sarniento*, la novela de José Joaquín Fernández de Lizardi, se reiteran, más que el gusto de leerlo, las reticencias. Se destaca su carácter didáctico e incluso regañón, se insiste en que las digresiones morales fungen de tropiezos de la trama, cuando no de invitación al sueño. Se hace hincapié invariablemente en su desaliñado y aun incorrecto estilo: para corroborarlo en cada cita abundan los *sic* que actúan de prueba de cargo de las licencias gramaticales del autor. Se destaca, fiel a la cronología, que es la primera novela de México e incluso de América Latina para colocarla en seguida en el apartado de la picaresca española, donde se le pretende hacer caber a fuerzas, y todo para concluir que sale perdiendo. Se le etiqueta igualmente como novela costumbrista que, en los tiempos de la globalización, equivale a asegurar, bajo el agua, que vale sólo como documento social, por más que Lizardi, dicho sea entre nosotros, lo que pretende es cambiar las costumbres.

No sé si seré muy siglo XIX, pero me temo que casi no comparto ninguna de esas afirmaciones. Sus digresiones morales no me fatigan, porque me alertan la curiosidad sobre cómo se vivía en la Colonia o si me ponen contra la pared tendré que confesar que sus consejos, que juzgo sabios, casi actúan como si fuera un libro de autoayuda. Su llamado rescate de la lengua popular es, para mí, puro oro molido. Me refiero a palabras o expresiones como hacer trácalas, salir del jonuco, ser un chambón, dormir hasta las quinientas, relujar los zapatos, ser un collón, ciscarse o chiquearse para acabar con la taxonomía vernácula de la broza que abunda, los pazguatos que hay muchos o los logreros que hay más. Expresiones que son nuestras, pero que sólo Fernández de Lizardi y Sergio Pitol, siglo y pico después, se divierten en poner en letras de molde. No escasean los hallazgos literarios, llama a los hombres dominados por sus mujeres “maridos de mantequilla” y cuan-

do la madre de Periquillo teme que un oficio sea visto como desdoro por sus linajudos parientes, el marido le responde con este juego de palabras: “como él [Periquillo] no los desplatee, poca fuerza hará que los desdore”.

En cuanto a las amonestaciones morales que tanto fatigan a los críticos, yo las encuentro, tal vez por deformación profesional, perfectas. Su solución es siempre la misma. La educación es la que salva de los consejos de los malos amigos, de los ridículos de la pedantería, de los feos vicios, de las acechanzas de la superstición y hasta de la cuesta abajo de la vida. Al periodismo, que practicó con fervor también inaugural, le confiere el papel de cantarle sus verdades al gobierno, con el “debido respeto”, y de nada menos que enseñar a ser libre al ciudadano. No se queda en lo abstracto, porque puntualiza que con todo y libertad de imprenta, cuatro son, ayer como hoy, las trabas: no tener estilo, no tener dinero, no tener imprenta y tenerle miedo al virrey. Sugiere, para subsanar el problema, un buzón de quejas en los bajos de Palacio destinado a la lectura confidencial del gobernante.

Siempre me ha sorprendido que el arte revolucionario, en vez de ser romántico, sea clásico y para ser más precisos, neoclásico. Jacques-Louis David, el pintor de la Revolución francesa, lo es, y no han faltado los que sospechen tonos neoclásicos en la prosa de Martín Luis Guzmán; como neoclásico fue, en cierta medida, el realismo socialista, y Lukács, en persona, propuso siempre, aunque sin mucho eco, el retorno de los marxistas a lo clásico. El neoclasicismo de Fernández de Lizardi, asoma la oreja, creo, en que se precia de criticar, del virrey para abajo, en general, en abstracto, y nunca, asegura, se refiere a personas concretas, con nombre y apellido. Neoclásico es, en fin, su rechazo a los altares barrocos que, identificados con España, considera que sólo sirven para hacer leña con ellos. Como se sabe, la voluntad cívica del neoclásico deviene en literatura didáctica y moralista, que son, obvio es decirlo, rasgos distintivos de Fernández de Lizardi. (No callaré, por supuesto, porque no trato de hacerlo caber con calzador, que el buen gusto, también típico del neoclásico, brilla por su ausencia en *El Periquillo* que tiene una de sus páginas más memorables en la sinfonía de vientre en los “arastraderitos” o en la recepción líquida de sus compañeros de cárcel).

Pero ya vamos encarrerados mirando la literatura de Lizardi, cuando hay que decir que su vida y su trayectoria política caben de cuerpo entero en el tema de los derechos del hombre. No me detendré en que, como todos los humanos, Lizardi tiene sus altas y sus bajas. Hay investigadores que, por

ejemplo, han descubierto el testimonio del propio Lizardi de que si bien entregó armas a Morelos, no lo hizo por seguidor de los insurgentes, sino por miedo. Cabe preguntarse, por supuesto, dada su defensa en otros momentos de Morelos, de si sus declaraciones son simple y llanamente para salvar el pellejo o si bien, lo que también es muy posible, las ideas cambian de matices y a veces hasta de color con los años.

Como ha demostrado de manera palpable y con vision no seguidista el investigador Felipe Reyes Palacios, Lizardi era criollo y sus ideas eran las de un criollo, lo cual no impide, claro, que Lizardi mismo se sentía español. No distinguía, pues, entre criollos y españoles, le horrorizaba, entonces, una guerra fratricida. Ciertamente, Lizardi prefería ¿y quién no? una independencia incruenta; tenía en mente, pues, una independencia concedida por las cortes y lo demás le parecía “una revolución sangrienta”.

Si podría pensarse, por éste y otros detalles, que Lizardi no fue el propagandista de la Independencia que nos dejan las lecturas de la primaria, nadie le escatima que su defensa de la libertad de imprenta era a rajatabla, tanto así que consideraba que “sin la libertad de imprenta no hay soberanía en la nación”. Para los que se quejaban de que la prensa empañaba su (diríamos hoy) imagen pública, Lizardi reconocía, con sensatez, que la prensa no debe extralimitarse, pero esos límites, señalaba para que no se le malentendiera, “son muy pocos” y concluye más didáctica que socarronamente: “Obremos todos bien, y ninguno hablará mal”.

Lizardi, creo, se adelantó a su tiempo. Si bien en *El Periquillo* denosta tan democráticamente que no deja títere con cabeza, la verdad es que se atrevió a criticar al Virrey Venegas y bien dice el mismo Lizardi que no cualquiera se arriesgaba. Su “Defensa de los francmasones” le cuesta la excomunión y en su “Carta Primera de El Pensador al Papista” hace una autodefensa tan fuera de serie que, de hecho, y aquí es donde considero que se adelanta a su tiempo, podría servir de muestra para la Comisión de Derechos Humanos.

Ciertamente, Lizardi, intelectual progresista del siglo XIX, defendió los derechos del hombre, pero lo que me interesa destacar es que en muchas de sus obras y en particular en su “Carta Primera de El Pensador al Papista” linda con el concepto actual de los Derechos Humanos, porque sus páginas son un modelo de la defensa del ciudadano ante la autoridad. Señala que si se excomulga a los primeros insurgentes (Hidalgo y Morelos), se tendría que proceder igual con Iturbide que culmina el proceso. Además, argumen-

ta, la excomunión de los primeros insugetes fue del fuero interno y la que se dictamina contra el Pensador, pública. Relata cómo se le aprehendió con 60 hombres (“Tanto era el temor que me tenían por mi opinión”), cómo se le torturó llevándolo a la capilla donde esperaban los condenados a muerte, los acusa de citar (cuídense críticos literarios) fuera de contexto las bulas papales, argumentos todos para probar que su prisión y excomunión de la Junta de Censura Eclesiástica son, además de injustas, ilegales.

Como es sabido, el tomo IV de *El Periquillo* fue censurado igualmente, esta vez por la autoridad civil, porque Lizardi condena con vehemencia y escandalizado el comercio de esclavos, que, como se recuerda en la censura dictada en su contra, era considerado lícito por España. Antes, en otro pasaje de la novela, se ha referido a que los indios y las castas son tan capaces como cualquiera, pero han sido marginados de la educación. Interesante es también que no considera un oficio inferior a otro y éstos en conjunto con respecto a los estudios universitarios de teología.

Sin embargo, no quisiera dejar de llamar la atención sobre que cuando el negro defiende su raza frente al Periquillo que funge un poco como abogado del diablo, Lizardi hila tan delgado como para poner en su boca este argumento que todavía hoy tiene batallas por ganar. Escuchen ustedes, por favor:

Si el tener a los negros en menos es por sus costumbres, que llamáis bárbaras, por su educación bozal, y por su ninguna civilización europea, deberíais advertir que a cada nación le parecen bárbaras e inciviles las costumbres ajenas. Un fino europeo será en el Senegal, en el Congo, Cabo Verde, etcétera, un bárbaro, pues ignorará aquellos ritos religiosos, aquellas leyes civiles, aquellas costumbres provinciales, y por fin aquellos idiomas. Transportad con el entendimiento a un sabio cortesano de París en medio de tales países, y lo veréis hecho un tronco, que apenas podrá a costa de mil señas dar a entender que tiene hambre. Luego si cada religión tiene sus ritos, cada nación sus leyes y cada provincia sus costumbres, es un error crasísimo el calificar de necios y salvajes a cuantos no coinciden con nuestro modo de pensar [...]

Estas palabras, más sus alusiones directas al virrey, le valieron que se negara la edición a este tomo de *El Periquillo Sarniento* y pospuso su impresión, de 1816, en que fue censurado, hasta 1830 en que se publicó, ya muerto el autor. Otros textos ya le habían costado el calificativo de sedicioso y su “Defensa de los francmasones”, como se dijo, le acarreó la excomunión.

Tengo la depresiva impresión de que numerosos historiadores, novelistas y dramaturgos actuales, con el pretexto de quitarles a los héroes su impassibilidad de estatuas, se han dedicado a revisar la historia de México con el resultado de, invariablemente, sorprender las flaquezas humanas de Morelos, de Hidalgo o de Benito Juárez, ejercicio paralelo al descubrimiento de las virtudes de Santa Anna, Maximiliano o Porfirio Díaz, haciendo caso omiso, en los primeros casos, de su genio militar, del grito de Independencia o de su arrancar las tierras al clero, y, en los segundos, olvidar los pequeños detalles de que eran dictadores o representaban una injusta invasión.

Salvador Bueno, el crítico cubano, recuerda que Luis González Obregón, en vez de bajar de su estatua a Fernández de Lizardi, propuso erigirle una, porque consideraba que si Hidalgo lo mereció por abolir la esclavitud, Lizardi lo merecía por lo que había escrito con el mismo tema.

Finalmente, quiero terminar estas líneas con esta cita también de Salvador Bueno que le otorgan de nueva cuenta a Lizardi el carácter máspreciado, el de precursor: “Fue [...] el primer escritor mexicano que defendió a los esclavos y el primer narrador hispanoamericano que llevó a su obra la denuncia del horrible sistema y la defensa de unos hombres explotados y vilipendiados”.